FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LA

PROFESION DE FE

DEL SIGLO XIX,

POR

EUGENIO PELLETAN.

TOMO TERCERO.

MEXICO
LIBRERÍA DE LA ENSEÑANZA,
Portal de Mercaderes núm. 7.

1876.

CAPITULO XIX.

El dia en que la invasion bárbara rompió la ciudad antigua y esparció los restos por el campo, trasladó por el mismo golpe la accion social de la ciudad, al castillo. El castillo fué el centro del gobierno, la capital dispersa y múltiple donde el señor reinaba, juzgaba, acuñaba moneda, y echaba impuestos. El feudalismo trasformó por este cambio la esclavitud en servidumbre. Durante la civilizacion romana, exclusivamente urbana, el esclavo servia en la casa, y vivia de la vida del amo, que le mandaba á cada minuto del dia. Al más pequeño delito sentia la vara levantada sobre sus espaldas; era el instrumento vivo del hombre que le habia comprado en el mercado, miembro aislado, animado por otra inteligencia, sér impersonal,

involuntario, innominado, que llevaba el nombre de su dueño por la misma razon que el campo llevaba el del propietario. Roma decia Quintipor, Marcipor, esclavo de Quinto, esclavo de Marco. Más tarde, cuando la esclavitud aumentó, el señor ponia á este rebaño de su casa, como á sus perros, un nombre de capricho, hecho anticipadamente y que la muerte trasmitia al que sobrevivia, con el despojo aun caliente de sus cadenas y de sus harapos.

El esclavo no tenia ni Dios ni familia, porque la religion pagana no le conocia, y no le concedia otra vida más allá de la tumba. No habia vivido independiente, con esa vida que puede aspirar á la inmortalidad. Cuando moria no hacia más que desaparecer en la nada. No vivia despues de su muerte, ni aun de esa resurreccion secundaria que llamámos nuestra descendencia. La mujer daba á luz, el señor cogia la criatura y todo se habia acabado; el padre no conocia á su hijo. Vivia en el presente, no obraba más que en el momento. La existencia estaba reducida en él á su más ínfima expresion. Era poco más ó ménos un salvaje. Solamente que obedecia á un señor en vez de obedecer á la naturaleza.

El siervo, por el contrario, cumplia su destino sobre las tierras, léjos de la mirada de su señor. Por su destino pertenecia ménos al señor que al dominio. Debia al feudo la mayor parte del tiempo y de su trabajo. Pero guardaba la parte disponible para convertirla en su persona, en un aumento de existencia. Queria y pensaba por su cuenta inspirado por su servidumbre. Su alma hallaba siempre reposo entre la siembra y la

recoleccion. Podia ir y venir libremente por todo el territorio del feudo; tenia su casa, y empezaba á entrar en el porvenir, por sus hijos; contribuia á su propia existencia, y á esa otra existencia prolongada más allá de la tumba y que la filosofía del progreso llama generacion.

Amontonndo con valor la víspera sobre el dia siguiente, dia sobre dia, sacrificio sobre sacrificio, contaba con una continnidad de esfuerzos desde la primera á la segunda generacion. Más aun, el cristianismo le habia hecho inmortal al verter sobre su frente el agua del bautismo. Era libre ante Dios, y estaba rescatado como su señor por el Evangelio; podia un dia tener su puesto á la derecha de Cristo en la magnificencia de la resurreccion, tenia nombre, este primer símbolo de la personalidad.

Pero como no era más que una persona á los ojos de la religion, tenia solamente un nombre religioso, el nombre del bautismo. Es decir, sacaba de un santo, de un apóstol, la señal de su existencia, y la repartia con sus hermanos de servidumbre. Porque cuanto más precaria y dependiente es la vida, tanto más se inclina á la uniformidad, al comunismo. Es preciso repetir hasta la saciedad esta fórmula, hasta que el viento que la oye la repite á su vez, de eco en eco, á todos los oidos de los que pasan.

Sin embargo, el siervo no poseia en el suelo más que la humilde piedra de su hogar. Cultivaba rigurosamente, cada año, la tierra preparada por órden del señor, sin cultivar el inmenso desierto que le rodeaba por todas partes; porque ¿para qué cultivarle si no

debia sacar de este aumento de trabajo un aumento de existencia? La riqueza del suelo reducida de este modo, al mismo número de terrenos, no podia con el tiempo añadir un surco á la cultura por ese desinterés forzado del cultivador.

Pero un dia el señor del feudo miró desde lo alto de un torreon, la llanura inmensa extender hasta el horizonte las olas amarillas de la retama, y sintió una inspiracion de Dios brotar en su pensamiento.

Llamó al siervo y le dijo: Tu cuerpo me pertenece, le he conquistado. Forma parte de mis dominios. Me debes dar cuenta de tu trabajo. La tierra de mi campo está perpétuamente unida á tus plantas. No puedes irte, no puedes huir, sin que esta tierra te siga y te reclame en medio del camino. Pues bien, escucha, quiero romper ese pacto de conquista. Te ofrezco la propiedad con la libertad. Vas á tomar en esa llanura inculta la parte que quieras; lo que pueda labrar tu arado en un dia ó en una semana. Tú la labrarás, la sembrarás, la segarás, y despues será tuya y de los tuyos para siempre. Lo que te produzca el suelo por medio de tu trabajo será, sin reclamacion posible mia, para tus hijos. Solamente en cambio del don que te hago traerás cada año el diezmo de la cosecha. De este modo ganaremos los dos: tú una propiedad yo una renta.

Tengo tierras, pero muertas sin el auxilio de tus brazos; tú tienes la fuerza de los brazos nula sin la tierra, unamos estas dos potencias estériles si se aislan; fecundemos una y otra, y repartiremos entre los dos la ganancia que resulte de esta union. Este es el contrato; aceptas?

El siervo aceptó, alegre y dichoso, este contrato de libertad; y cuando hubo firmado, una fuerza desconocida circuló por todos sus músculos, como la revelacion de un nuevo destino. Tenia esperanza, preveia el porvenir; poseia, si no la tierra, al ménos el valor que la daba con su trabajo. Este valor inalterable y que debia redundar en beneficio de sus hijos, era una propiedad. Pasaba del estado de siervo al de arrendador; llevaba en sus manos su riqueza, su redencion; ahora se la debia á su voluntad, á su virtud. Para ser libre, para verse emancipado de las necesidades del cuerpo, no tenia más que trabajar y ahorrar sobre su trabajo. Cada hora, cada gota de sudor se convertia en gozo y prosperidad para la familia.

Sentia sordamente estremecerse bajo su pié en las sombras de la tierra la gloria lejana de su dinastía. Porque él era creador de una dinastía en el fondo de su humildad. Fundaba lentamente, con todas las labores acumuladas de padre en hijo, un reino de su patrimonio. Constituia, ahorro sobre ahorrro, victoria sobre victoria, el poder soberano del capital. Fundia el primero esa corona de oro que debia coronar en el porvenir al hombre libre, al hombre rey de la democracia.

Se puso intrépidamente á trabajar: arrancó el helecho, derribó el árbol, cortó las zarzas, niveló la colina, plantó la viña, secó el pantano, cavó el pozo, marcó la senda, guió el arroyo, fabricó la esclusa, edificó el molino, sembró el cáñamo, el lino y el lúpulo, aumentó el rebaño, el establo, la huerta, el mercado y las ferias; marchó arrastrado por la corriente de los rios

hasta el mar, y llevó de provincia en provincia vino y trigo, paño y telas, madera y hierro, aceite y carbon, piedra y cal; restauró el puerto; levantó diques, animó el comercio con los pueblos vecinos, despertó la mecánica, resucitó la industria; el yunque retembló, el metal vibró, la tela se estremeció; el cobre, el hilo y el fieltro se revistieron de mil formas bajo el martillo, la lanzadera y el batan.

La Francia moderna salió por completo, obra por obra, piedra á piedra, de las entrañas de la tierra; cavada, amasada infatigablemente, sin descanso á pesar del sol y de la lluvia. La topografía salvaje, inculta, tosca, fué sucesivamente, y por una conspiracion unánime, vencida, rehecha marcada, en fin, con el sello de la civilizacion. ¡Ah! quien quieras que seas, si has nacido de la sangre de los galos, como yo, hermano por parte de nuestra madre la patria, alimentado como yo por el aire del mismo espacio, alumbrado por los mismos rayos, pisemos con respeto la tierra sagrada de la patria, porque pisamos las cenizas de nuestros antepasados. Recoged el polvo del camino, pasadle si podeis por la criba de la mente, y no hallareis un grano, ¿lo oís? ni un átomo, ni una partícula de átomo que no sea una fibra del hombre, una lágrima, una gota del sudor de su trabajo.

Sí, esta Francia que vemos hoy sonreir al sol, en la explendente trasfiguracion de sus campos, de sus viñas, de sus praderas, es en realidad la inmensa eucaristía de nuestra larga genealogía, dormida bajo nuestros piés, aluvion por aluvion. Sí, en esta perpétua alquimia de los siglos, tenebrosa y muda, que mezcla y

cambia los hombres y las cosas, cada terron de tierra, cada gota de sávia está empapada en sangre humana, es la sustancia humana, viva con nuestra vida, modelada á imágen y semejanza nuestra.

Sí, en el aire que respiramos, en la espiga que molemos, hay un antepasado escondido, que está presente; toda ceniza, toda piedra del camino es la reliquia sagrada de un trabajador, de un mártir, que nos ha conquistado con su sangre y su abnegacion el verdadero paraíso, el ócio de la inteligencia. ¡Silencio! He sentido estremecer en torno mio el valle de Josafat. La tierra se torna carne; el músculo entrelaza de nuevo su fibra al hueso; la vida disuelta toma cuerpo y figura.

Veo desde aquí, en ese blanco vapor, levantarse ante mí, mi raza pálida como la estrella de la mañana. Me llama, me pide la piadosa ofrenda de los vivos á los muertos, una palabra de conmemoracion. ¡Oh paternidad desconocida de dos mil años! ¡Oh paternidad antigua, que como mi descendencia será un dia, segun espero si Dios bendice mi sangre, mi parte de eternidad, mi nobleza ante Dios, mi gloria olvidada, mi infinito, mi antepasado; ayer labrador, ántes de ayer siervo, y el dia anterior quizás esclavo! ¡Oh tú, que has llevado la carga más pesada de la humanidad y has vencido el anatema de tu destino, que has roto la servidumbre, que has domado la necesidad, que has apagado el hambre y la sed para legarme á mí, tu hijo desconocido, el pan del alma en el pan del cuerpo! Levanto mi mano ante Dios, y juro por tu abnegacion consagrar mi vida á la humanidad, y trabajar hasta el último minuto de mi vida por los que sufren.

El siervo, libre de la tierra y enriquecido por su trabajo, adquirió personalidad, un puesto en la sociedad. Tenia un nombre, casi siempre el de su trabajo, el de la madera, la pradera, el campo, el molino, la granja ó el parque que habia creado con su trabajo y sus ahorros. El trabajo ha sido siempre el bautismo de la plebe emancipada del surco, la señal de su investidura. La plebe glorificada puede hoy llevar con orgullo la consagracion de su orígen: no la hay más grande en la tierra.

La industria eminentemente social y hospitalaria, llama y reune la industria en torno suyo. El ócio dispersa al hombre, la actividad le asocia. Cuando la servidumbre, trasformada en vasallaje, tuvo la libertad de sus acciones, el herrero fué á buscar al carpintero, el fabricante al mercader, el mercader al clérigo ilustrado, el clérigo letrado la universidad, y acercándose cada vez más, la casa se colocó al lado del taller. La comunidad volvió á aparecer. La civilizacion pasó del campo á la ciudad.

La clase obrera, nacida de ayer y destituida de garantía, necesitaba reunir sus fuerzas en un punto dado para rechazar la agresion y el espolio del ladron con título que habia sido su señor. La vida política era tan débil en cada uno, que era precisa la reunion de varios para constituir una persona, políticamente hablando. De esta necesidad nació la comunidad primero, la corporacion despues, es decir, la comunidad en la comunidad. Y ¿qué es la comunidad? Es la persona ficticia. Es la personalidad completa, que debemos todos poseer un dia, repartida sobre varios, porque

ninguno la posee por completo. El ciudadano de la democracia es él solo, hoy, una comunidad completa de la Edad media, y el obrero es una corporacion. Meditemos esta idea y conoceremos el secreto y el misterio de la civilizacion.

¿Habeis visto algunas veces, en Italia, en Flandes, en España, en Francia, por todas partes donde la vida comun ha reinado en su esplendor, en su energía, en Pisa ó en Génova, esa larga galería, esa larga cadena de arcos, que flota á los lados en la calle, de casa en casa, uniendo un pilar á otro, como la mano del federado á la mano del otro federado? Pues esa es la copia exacta, hecha en piedra, de la comunidad. Esta galería cubierta, la *logia* como se dice en Italia, especie de claustro exterior y secular, era la sala tumultuosa abierta á todos, donde venia á deliberar la multitud, á obrar de comun acuerdo, para conquistar si era preciso, la independencia y la soberanía. La *logia* tenia su banco de piedra, donde el sábio venia por la tarde á dar su opinion y el tribuno á preparar su popularidad. La ciudad reflejaba á cada paso por su construccion y su aspecto, la desconfianza y la lucha del trabajo atacado en su derecho y en su propiedad. La calle era estrecha, torcida por cadenas y barreras.

La casa construida junto á los torreones cuadrados y compuesta de pisos salientes, caia á plomo sobre la calle, para aplastar más fácilmente al sitiador que viniera en dia de lucha civil, á batir el pié de la muralla. El piso bajo convertido en taller ó en tienda se cerraba por una puerta baja, adornada á derecha e

izquierda, de un pedestal de piedra de ancho borde destinado á la edificacion. El primer piso, el más amenazado, el más expuesto despues del bajo, abria tímidamente al exterior una lucerna estrecha defendida por barras de hierro para mayor seguridad. El piso segundo, más inaccesible, y por consiguiente más asegurado, desplegaba una triple ventana, alta y esbelta, dividida por una cruz y adornada con vidrios. Estos vidrios daban luz á una pieza toscamente amueblada, que servia á un tiempo de cocina, de comedor, de salon y de alcoba. La chimenea pegada á la pared como un dosel de albañilería, abrigaba despues del toque de la queda á toda la familia, al rededor de la misma lámpara, inclinada sobre su trabajo. El marido preparaba sus instrumentos, la mujer hilaba, y el ruido de la rueca que subia y bajaba con sordo murmullo, era el único que turbaba el silencioso recogimiento de la velada.

La voz del vigilante nocturno anunciaba la hora del sueño. El abuelo recitaba la oracion y la casa quedaba en reposo. En fin, el piso tercero, confiado y sin temor, desplegaba al sol una sola ventana formada por una gran cristalería: allí vivia cerca del cielo, bajo el techo soñoliento, azotado por la lluvia y el sol, el ángel de la casa, durmiendo en continuo éxtasis, cuya frente acariciaba en su vuelo la golondrina; embalsamada por el perfume del jaramago que florecia en su ventana, con el aire tibio de su suspiro, bajo las lágrimas de las estrellas.

En el centro de la ciudad y encima de la franja cortada por pisos iguales y uniformes, juntos unos ed

otros como las existencias, se levantaba la torre pesada, cuadrada de la atalaya, donde dormia en perpétuo y espantoso silencio, en medio de las nubes y de la tempestad, la campana revolucionaria que llamaba al pueblo á la libertad. Al primer toque que hacia extremecerse las piedras de las casas, cada puerta, cada esquina daba salida á un hombre armado. La multitud convulsa por la sacudida eléctrica que la voz de cobre vertia en la ciudad con golpes precipitados, corria, hervia en las calles, combatia y moria al grito de independencia, más rudo que el martillo, más fuerte que el hierro de su armadura.

La comunidad hacia bien en armarse y prevenirse, porque veia á su puerta, en lo alto, sobre la colina, el castillo sombrío, mudo, rodeado de torreones, y siempre deseando reinar en la ciudad por derecho de conquista. El señor encerrado con sus guerreros detrás de la espesa muralla: con la puerta adornada de cabezas de lobos y jabalíes, observaba y combinaba dia y noche un ataque contra sus vasallos. Cuando creia llegada la hora, una trompeta sonaba, el puente levadizo caia, el baron salia al frente de su gente, armado y encubierto sobre un caballo armado tambien, con su penacho ondeante, con su escudo pintado en el pecho de sus siervos, como el dibujo grosero de la piel de los salvajes. El suelo, conmovido hasta en sus cimientos por el peso de este túmulo de hierro al galope, parecia rodar en su seno el ruido ronco de la tempestad. El hombre de la ciudad atrasado en su camino oia el ruido y huia.

Pero el señor continuaba su expedicion, saqueaba

destrozaba al viajero, al mercader, y volvia despues á su castillo, cazador de hombres, orgulloso de su hazaña, y arrastraba tras sí el largo convoy de su saqueo. La cadena del puente levadizo caia trás de él, la piedra del castlllo vibraba un momento al ruido de las armas y todo volvia á quedar en silencio.

El baron volvia á ocupar su puesto en la gran sala sonora y vacía, adornada solamente por una fila de sillas y un tapiz ante la chimenea gigante donde ardia un árbol apoyado en dos morillos macizos. La castellana le esperaba junto á la lumbre, con la cabeza inclinada sobre su bordado ó sobre su misal, con el paje á su lado y un perro echado en un pliegue de su vestido de armiño. El panetero servia la comida. Muchas veces á esta hora un huésped desconocido llamaba á la puerta del castillo. Era un poeta, un juglar que venia á cantar miéntras comian una cancion ó una balada amorosa, y como el bardo antiguo, iba de vivac en vivac, llevándose en pago de su canto, una parte del festin.

Dos sociedades estaban, pues, presentes; una meditabunda, sóbria, económica; otra agresiva, orgullosa, turbulenta, sedienta de aventuras; la una vivia en la aldea, la otra en el castillo; la una representaba la industria, la otra la conquista. Las dos enemigas y armadas luchaban continuamente y lucharán mucho aún. Pero esta lucha era la guerra de la fuerza contra la idea; y si bien la fuerza es el alma de la materia, en pago la idea es el alma de la fuerza, y con estos títulos tiene siempre segura la victoria.

CAPITULO XX.

La mujer, durante este tiempo, crecia en dignidad á la sombra del Evangelio. Cristo habia habitado en el seno de una vírgen para borrar la mancha del Eden. Antes de su venida la circuncision era la única iniciacion de la Judea en la alianza del Señor. Esta iniciacion viril dejaba á la mujer por una especie de excomunicacion tácita, fuera de la alianza. Pero al bautizar lo mismo al hombre que á la mujer, al admitirlos igualmente en su redencion, Cristo escribió sobre su frente, con el mismo signo religioso la igualdad de su alma ante la salvacion.

Habia hecho más aún, habia divinizado la primera virtud de la mujer, la compasion. Habia sacado de lo más íntimo del corazon, las lágrimas interiores para